

¿Qué ocurrió con el Ejército Auxiliar del Perú entre Vilcapugio y Ayohuma? La reconstrucción de un ejército revolucionario

[What Happened to the Auxiliary Army of Peru between Vilcapugio and Ayohuma? The Reconstruction of a Revolutionary Army]

Alejandro Morea¹

Resumen

El presente trabajo pretende analizar lo ocurrido con el Ejército Auxiliar del Perú entre las batallas de Vilcapugio y Ayohuma. A diferencia de otras ocasiones, donde luego de una derrota, el Ejército Auxiliar del Perú se vio obligado a retirarse del Alto Perú, esta vez logró mantenerse y enfrentar un nuevo combate. Por lo tanto, el interés estará centrado en entender cómo fue esto posible y principalmente sobre qué bases se reconstruye ese ejército y evaluar la solidez de la misma. Para eso trabajaremos tanto con fuentes editadas como inéditas del Archivo General de la Nación (Buenos Aires) y del Servicio Histórico del Ejército (Buenos Aires).

Palabras claves

Ejército Auxiliar del Perú; Alto Perú; Vilcapugio, Ayohuma; Reclutamiento, Deserción

Abstract

The present work aims to analyze what happened with the Auxiliary Army of Peru between the battles of Vilcapugio and Ayohuma. Unlike other

1 Alejandro Morea, Doctor en Historia por la Universidad Nacional del Centro de la Provincia. Lugar de Residencia: Termas de Río Hondo 392 Argentina. Correo electrónico: alemorea@hotmail.com

occasions, where after a defeat, the Auxiliary Army of Peru was forced to withdraw from Alto Peru, this time it managed to hold on and face a new combat. Therefore, the interest will be focused on understanding how this was possible and mainly on what bases that army was rebuilt and evaluating its solidity. For this we will work with both published and unpublished sources from the General Archive of the Nation (Buenos Aires) and the Army Historical Service (Buenos Aires).

Key Words

Auxiliary Army of Perú, Alto Perú, Vilcapugio, Ayohuma, Recruitment, Desertion

1. Introducción

En numerosas ocasiones, las batallas que tuvieron lugar en el continente americano enmarcadas en lo que generalmente se conocen como “guerras de independencia”, tuvieron como desenlace la desaparición, la desintegración o por lo menos la reducción a números mínimos de alguno de los ejércitos contendientes. Lo paradójico de esta situación, fue que en la mayoría de las veces, no se debió al poder de fuego del adversario, a la certeza de su artillería o lo eficaz de los movimientos y desplazamientos de su infantería o caballería. Al repasar las listas de bajas o los partes de batallas de los comandantes, es posible observar que la cantidad de caídos en combate o de heridos no superan la centena en los grandes enfrentamientos y no superan al par de decenas en los encuentros más chicos. Pero producida la derrota, e iniciada la retirada del campo de batalla por parte de los perdedores o

incluso antes, esas fuerzas que en teoría debían encontrarse casi intactas, solían quedar incapacitadas para volver a combatir en el corto plazo por lo reducido de sus números, haciendo de esas batallas momentos decisivos, puntos de inflexión en el desarrollo de la revolución o en el avance de la contrarrevolución (MacFarlane 2006; Rabinovich 2017; Thibaud 2003).

En este sentido, no varía mucho si estamos hablando de las fuerzas revolucionarias o de los fidelistas. En algún punto, las fuerzas de guerra armadas por ambos contendientes no se diferenciaban mucho entre sí, ni desde la forma de organizarlas, reclutarlas, financiarlas o la capacidad de sus jefes o incluso en su composición, con una fuerte presencia de americanos (Archer 2005; MacFarlane 2008; Ossa Santa Cruz 2010). Aunque una vez concluida la guerra en España es posible ver el arribo de mayores contingentes de tropas ibéricas, lo cierto

es que el flujo no fue constante, y las fuerzas del Rey terminaban teniendo una y otra vez un fuerte componente americano y, como los ejércitos revolucionarios, estaban en constante construcción (Alvarado Luna 2020). Por esa razón, esa suerte de desbande, de implosión que sufren aquellos que son derrotados, no fue patrimonio exclusivo de los revolucionarios.

Al repasar lo ocurrido en el Alto Perú, entre las fuerzas de la revolución enviadas por Buenos Aires y las tropas del virreinato del Perú vamos a encontrar esta secuencia que mencionamos previamente. Sobre todo, en el bando revolucionario, que sufrió importantes derrotas en sus intentos por controlar el Alto Perú entre 1810 y 1815, donde las grandes unidades de batalla conformadas por las Provincias Unidas después de las derrotas en las batallas de Huaqui, en 1811, o Sipe-Sipe, en 1815, quedaron reducidas a algunos cientos de efectivos (Morea 2020). En ese sentido, Vilcapugio fue diferente. Aunque es cierto que esa segunda incursión del Ejército Auxiliar del Perú en el Alto Perú terminó con un resultado negativo, y que tras una nueva derrota en Ayohuma, debió abandonar el espacio y sus números se redujeron mucho en relación a los estados de fuerzas firmados por su comandante en los días previos a ambos encuentros. No obstante, quedó compuesto

de un número respetable de tropas con las cuales Belgrano, antes de ser removido, pero también el gobierno, creían que era posible proyectar la construcción de un nuevo intento de ganar el Alto Perú para el Río de la Plata en el corto plazo. Pero, sobre todo, lo más llamativo de esta campaña en relación a la primera fue la capacidad que demostró el Ejército Auxiliar del Perú para librar dos batallas muy cruentas y sangrientas. En correspondencia al Gobernador de Cochabamba, días después del combate de Vilcapugio, Manuel Belgrano, general en jefe del Ejército Auxiliar del Perú, enfatiza esta cuestión:

“...Sea de ello lo que fuere, que entiendan los Pueblos que el suceso de Vilcapugio no es el del Desaguadero; que el Exército no se ha hecho humo; que existe y existirá a pesar de los viles cobardes así oficiales, como soldados, que en los primeros momentos de la Accion fugaron abandonando á su General, y otros, que no pudiendo soportar los trabajos de la Campaña, en que viven y han de vivir, mientras yo esté á la Cabeza del Exército, se han amilanado, y decertado inoquamente de nra Bandera...”²

Aunque realizaremos alguna referencia a lo ocurrido de 1814 en adelante,

2 Archivo General de la Nación, (en adelante AGN), Sala VII, Archivo Juan Antonio Álvarez de Arenales, Caja 11, N° 3, B, Doc. 628. Folio 27.

lo que realmente nos interesa en esta oportunidad es lo sucedido entre Vilcapugio y Ayohuma. Según José Luis Roca, luego de Vilcapugio: "...los papeles comenzaban a invertirse: ya no era el Alto Perú que necesitaba de auxilio de los porteños sino el gobierno de Buenos Aires cifraba sus esperanzas en lo que por él pudieran hacer los altoperuanos..." (Roca 2011:252-53). Pero más allá de la cuestión semántica, y de este juego de palabras que nos propone Roca en donde el Ejército pasa de Auxiliar del Perú a Auxiliado por el Perú, lo que queremos indagar es cómo fue que, luego de ser derrotado en Vilcapugio, el Ejército Auxiliar del Perú no solo que no abandonó el Alto Perú, sino que estuvo rápidamente en condiciones de enfrentarse con sus adversarios poco tiempo después y con un contingente de tropa muy similar, desde lo numérico al menos, al presente en Vilcapugio (Morea 2020:122). Más allá de establecer cuáles fueron las bases sobre las que se apoyó esta reconstrucción, nos interesa también indagar sobre la fortaleza de esa recuperación del Ejército Auxiliar y entender por qué, luego de Ayohuma, sí se produce el abandono del Alto Perú en dirección a las provincias de Salta y Jujuy y un descenso brusco en la cantidad de efectivos.

Para tratar de entender esto, vamos dividir el trabajo en tres apartados

diferentes, en el primero de ellos realizaremos un breve repaso de la situación política y militar de ese ejército, de la revolución y del espacio para ese contexto y previo a las batallas de Vilcapugio y Ayohuma. En una segunda instancia, vamos a tratar de reconstruir lo sucedido con el Ejército Auxiliar del Perú de una batalla a la otra y su proceso de reconstrucción, sobre todo desde la cantidad de efectivos. En la última parte del artículo nos adentraremos en un análisis sobre la solidez de ese proceso de recuperación para tratar de entender por qué después de Ayohuma el Ejército Auxiliar se vio obligado a retirarse y con una cantidad de efectivos muy por debajo de los presentes en el campo de batalla ese día. Para resolver esta cuestión, vamos a trabajar con documentación edita e inédita presentes en el Archivo General de la Nación y en el Servicio Histórico del Ejército.

2. Un nuevo intento por controlar el Alto Perú

La que se conoce como la segunda expedición al Alto Perú (1812-1814) coincide con un momento complejo de la revolución rioplatense, por lo diverso del escenario bélico local y la situación internacional, pero de relativa iniciativa política y cierta radicalidad en sus posicionamientos y planteos (Goldman y Ternavasio

2010; Halperin Donghi 1972; Terna-vasio 2007). Aunque Manuel Belgrano tomó el mando del Ejército Auxiliar del Perú en 1812 por órdenes del primer Triunvirato, la campaña tuvo lugar ya bajo órdenes del Segundo Triunvirato, en pleno funcionamiento de la Asamblea del Año XIII, y en un contexto de expansión de la revolución.

Recordemos que tras la batalla de Huaqui, el Ejército Auxiliar del Perú se instaló en Jujuy para reorganizarse, y aunque hubo algún tibio intento durante la jefatura de Juan Martín de Pueyrredon por retomar la iniciativa, esa fuerza asumió posiciones más bien defensivas y además estuvo muy relegada en las consideraciones del gobierno revolucionario, que prefirió movilizar tropas, armas y recursos económicos hacia la Banda Oriental, ya que juzgaban que representaba una amenaza mayor ante la inmovilidad de las tropas de Abascal, y dejó en un segundo plano a lo que ocurría en esta región (Conti 2011; Paz 2013).

El inicio de la comandancia de Belgrano reflejó esta situación de vulnerabilidad en que se encontraba el Ejército Auxiliar, por esa razón, ante los anuncios de los inicios de las marchas de las tropas del Virrey del Perú al mando del General Pío Tristán, las órdenes emitidas por el Triunvirato

fueron las de retroceder hasta la ciudad de Córdoba, y evitar poner en riesgo los pocos efectivos con los que se contaba. A su vez, se comenzó a aglutinar tropas en Buenos Aires para enviar a Córdoba en caso de necesidad del Auxiliar del Perú o de un nuevo enfrentamiento desfavorable (Morea 2020:110).

Lo ocurrido de ahí en adelante en algún punto es una historia conocida. A las órdenes emitidas por el gobierno, le siguieron las proclamadas por Manuel Belgrano para que los pobladores de Jujuy abandonaran sus hogares y siguieran las marchas del Ejército con dirección a Córdoba. A esta partida, hoy conocida como el “éxodo jujeño”, le sucedió el combate del Río las Piedras, en agosto de 1812, y luego la decisión de Belgrano de desobedecer lo mandado por Buenos Aires y presentar cara sus adversarios (Conti 2012). La batalla de Tucumán, que tuvo lugar el 24 de septiembre de ese mismo año, y la victoria obtenida por las armas de las Provincias Unidas fue clave no solo para la supervivencia del proceso revolucionario, sino para el cambio de tendencia política en la capital y la llegada al gobierno de un grupo más radical liderado por Carlos María de Alvear pero integrado también por Nicolás Rodríguez Peña, Bernardo de Monteagudo, José de San Martín, Gervasio Posados o

Julián Segundo Agüero, entre otros (Morea 2020:130).

Decididos a buscar una resolución lo más pronto posible al conflicto, y con un programa político que contemplaba la Independencia del continente y no solo del Río de la Plata, este grupo dio nuevo impulso a los preparativos de guerra en los dos frentes principales del momento: el Alto Perú y la Banda Oriental. Igualmente, este último tuvo una prevalencia en relación al primero. No obstante, tras el reciente éxito obtenido en Tucumán, el gobierno, además de reforzar al Ejército Auxiliar con nuevos regimientos y batallones, el envío de dinero, uniformes, pertrechos y material bélico, comenzó a presionar sobre el general en jefe de esta fuerza para que se avanzara hacia Salta y Jujuy para luego continuar hasta el Alto Perú.

Entre la batalla de Tucumán y la de Salta pasaron casi cinco meses, en los cuales el Ejército Auxiliar del Perú cambió radicalmente. De unos efectivos que no superan los 1800 hombres, Manuel Belgrano comenzó a tener a su disposición más de 3000, por eso se resistía a iniciar la campaña, porque creía que aún faltaba tiempo para que esos hombres efectivamente conformaran un ejército y no solo un conglomerado de tropas. Hacía falta preparación,

entrenamiento, uniformización de los movimientos, etc. (Morea 2020). Pero más allá de que nunca parece ser el momento ideal para entrar en combate, Belgrano también era consciente de la necesidad de iniciar la campaña militar cuestión de aprovechar el nuevo espíritu dentro de los hombres que conducía, por lo que a fines de 1812 comenzó la marcha que tenía como primer objetivo desalojar la ciudad de Salta de las tropas del Virrey del Perú, cuestión de hacerse con el control de ese espacio clave por su rol de intermediación entre Buenos Aires y el Alto Perú, para luego sí dirigirse hacia lo que hoy es Bolivia en búsqueda de incorporar ese espacio al control de las autoridades de Buenos Aires.

Una vez obtenida la victoria en la batalla de Salta, donde el resultado fue mucho más claro y favorable a las armas de la revolución que en Tucumán, el Alto Perú quedó abierto para el gobierno de Buenos Aires y su ejército. El avance de Belgrano con sus tropas vino acompañado de una reorganización del sistema de gobierno local, donde los funcionarios que hasta ese momento habían respondido al Virrey del Perú huyeron o fueron obligados a escapar y se los reemplaza momentáneamente con notables locales hasta el arribo del general en jefe del Ejército Auxiliar del Perú.

A diferencia de la primera expedición, en donde en teoría el mando político reposaba sobre Juan José Castelli y el militar en Antonio González Balcarce, aunque en la práctica el liderazgo de la expedición terminó siendo ejercido por Castelli y ambas funciones quedaron resumidas en una sola persona, en esta oportunidad toda la autoridad estaba concentrada en la figura de Belgrano que hacía las veces de general en jefe del Ejército Auxiliar del Perú y de Capitán General, por lo que tenía atribuciones políticas sobre ese espacio sobre el que ejercía la capitania (Morea 2012; Polastrelli 2019; Wasserman, 2011).

En función de esto, Belgrano fue disponiendo una serie de nombramientos para que hombres de su ejército, algunos de ellos muy de la confianza del mismo general, se hicieran cargo de las diferentes gobernaciones existentes entre Salta del Tucumán y el Río Desaguadero. Por esa razón, Feliciano Chiclana fue nombrado Gobernador de Salta, Francisco Ortiz de Ocampo de Chuquisaca, Ignacio Warnes de Santa Cruz de la Sierra, Juan Antonio Álvarez de Arenales de Cochabamba y Apolinario de Figueroa de Potosí. De esta manera, la revolución en Buenos Aires buscaba alinear a ese espacio directamente a su autoridad mediante la subordinación de estas jurisdicciones a la figura de Belgrano a partir del

nombramiento de hombres que le respondieran directamente a él. Aunque algunos de los designados tenían vínculos previos con el espacio, como el caso de Arenales o Figueroa, la mayoría de ellos eran personajes más bien ajenos a ese medio social, por lo cual su tarea tenía la dificultad de tener que gestionar y conducir un lugar que en gran medida desconocían. Y esta cuestión, terminará siendo importante como ya veremos.

3. De Vilcapugio a Ayohuma

La batalla de Vicapugio tuvo lugar el 1 de octubre de 1813 en una meseta circundada por montañas que se encuentra a poco más de 100 kilómetros de la ciudad de Potosí, en dirección noroeste. El Ejército Auxiliar se encontraba en control del espacio desde varios meses antes, por lo que tuvo el tiempo necesario de reunir a sus efectivos, ultimar los preparativos y decidir el mejor plan de acción que se podía ajustar a sus intenciones de terminar con la presencia de las tropas del Rey en el Alto Perú. De hecho, Belgrano diagramó un plan de batalla riesgoso, que implicaba la coordinación con otras columnas, entre ellas la de Balzar Cárdenas, que no pudo llevar a la práctica porque el combate se anticipó.

Enterado de lo planeado por los revolucionarios, la batalla tuvo lugar por

iniciativa de Joaquín de la Pezuela, nuevo general en jefe de los ejércitos del Rey tras la renuncia de Goyeneche. Consciente de lo que se jugaba en el próximo enfrentamiento, buscó transformar la debilidad relativa en la que habían quedado sus tropas tras las derrotas de Tucumán y Salta, el retroceso hacia el interior del Alto Perú de los efectivos restantes por la hostilidad que comenzaron a sufrir por parte de los partidarios de la causa de Buenos Aires y el cimbronazo que significó la renuncia de Goyeneche al mando, mediante la sorpresa y la audacia.

Primero aceleró las marchas para evitar la reunión de todos los efectivos del ejército enemigo, obligándolo a combatir cuando no lo deseaba, pero, además, una vez llegado a la zona donde tendría lugar el combate, realizó una maniobra inesperada para ser él el que eligiera el terreno donde efectivamente se iba a combatir, forzando a Belgrano a cambiar nuevamente sus planes. Y si bien es cierto que esto tuvo un relativo peso en el resultado final, ya que Belgrano terminó contando con menor cantidad de efectivos de los que deseaba, y el enemigo estaba enterado de sus planes e intenciones, lo cierto es que el resultado de la batalla se definió por otras cuestiones y las armas de la revolución estuvieron cerca de alzarse con la victoria ese día.

Si en un principio el Ejército Auxiliar había tomado ventaja sobre la izquierda y el centro enemigos, la derecha se sostuvo en el campo de batalla y terminó dueña del mismo y dándole la victoria al general Pezuela. Una orden mal dada, una serie de desinteligencias entre los comandantes de Belgrano, la aparición de algunas dudas entre los oficiales sobre lo que estaba ocurriendo y un acertado accionar de dos de su subalterno, Castro y Picaoga, le sirvieron en bandeja el triunfo a Pezuela y al Ejército del Rey.

“...El enemigo aterrorizado al observar su estrago, no creía lo que veía; su general en jefe Don. Joaquín de la Pezuela fue alcanzado en su fuga para ser instruido que era dueño del campo en que había presenciado destruido su ejército, y en más de tres horas no pudieron reunir 600 hombres a pesar de la actividad del coronel Castro, cantando una victoria que se les obsequió sobre nuestro tren y bagaje que tuvimos que abandonar...”(Pardo de Zela 1964:412).

Pero por las mismas particularidades del combate, porque el éxito estuvo cerca para las Provincias Unidas, fue que el resultado no fue una calamidad total, la derrota no supuso la destrucción total del Ejército Auxiliar, y en el retroceso no se produjo una desbandada general como había ocurrido tras Huaqui o como ocurrirá por tiempo después tras Sipe-Sipe(Morea 2020;

Rabinovich 2017). Así le escribía Belgrano al Presidente de la Audiencia de La Plata:

“...Jamás debe tener más fortalez que en los contraste, ayer ha tenido el Excito uno en la pamapa de Vilcapugio, después de estar cantando la victoria la ala derecha del Excecito, pero tengo el consuelo q el enemigo ha quedado, según todas las apariencias poco menos que derrotado...”³

Lo primero a señalar es que no hubo un abandono del escenario de guerra. La batalla de Ayohuma tuvo lugar no muy lejos del enfrentamiento anterior y apenas 44 días después. Y si bien Belgrano acusó el golpe, rápidamente decidió reorganizar su ejército para sostenerse en el Alto Perú primero e intentar derrotar al ejército del Rey después. Su correspondencia con algunos de los gobernadores es elocuente en este sentido. El día posterior a la batalla, le pedía a Arenales que le envíe: “...sin pérdida de instantes, municiones de fusil, quantas se puedan, y polvora suelta p.a las municiones de artillería; aprovechando todo papel inútil de Escribanías y Archivos en caso de no haberlo blanco, o aun qdo lo haya, su fuese mui caro...”⁴ El 10 de octubre le escribió nueva-

mente solicitándole caballos, tiendas de campañas y astas para lanzas.⁵ La sucesión de cartas, pedidos, solicitudes hasta Ayohuma es casi interminable. Por suerte para el Ejército Auxiliar, los pedidos de Belgrano parecen que encontraron eco positivo:

“...No puede V.S. figurarse quanto es el servicio q. me hace con las municiones de fucil, polvora, balas, piezas de artillería y municiones respectivas: ancio p.r q. llegue; pues solo me hallo con lo q. salí del combate, y las que se han recogido de las q. han tirado los viles cobardes q. fugaron, quando debo hacer un movimiento el más importante: oxalá q. todo vuele según mi deso. Siga V.S. con ese anhelo, y la actividad que le caracteriza...”⁶

Si la recuperación del material bélico es de suma importancia para cualquier ejército que sufre un traspíe, quizás es más importante aún la incorporación de nuevos efectivos para cubrir las bajas producidas por muertes, heridos, dispersos, prisioneros y desertores. Consciente de esta problemática, en carta también a Arenales, Belgrano decía lo siguiente: “...Si quisieren venir algunos decidido pr. la causa, ó voluntarios á tomar las armas, hallarán en mi un campo de sus trabajos q. aun tpo.

3 AGN, Sala X, Legajo 23-2-3

4 AGN, Sala VII, Archivo Juan Antonio Álvarez de Arenales, Caja 11, N° 3, B, Doc. 628. Folio 20

5 Sala VII, Archivo Juan Antonio Álvarez de Arenales, Caja 11, N° 3, B, Doc. 628. Folio 31

6 Sala VII, Archivo Juan Antonio Álvarez de Arenales, Caja 11, N° 3, B, Doc. 628. Folio 35

hará presente al Gob.no sus servicios p.a q. los premie...”⁷ Aunque el pedido de hombres no se limitó solo a Cocha-bamba, cuestión que se hizo extensiva a todo el espacio, y por supuesto no todos los que se movilizaron lo hicieron por algún tipo de compromiso o espíritu patriótico, lo cierto es que si nos dejamos llevar por el estado de fuerza firmado por Belgrano dos días antes del enfrentamiento de Ayohuma, su solicitud tuvo un eco importante y la recuperación de efectivos fue asombrosa. El 12 de noviembre, informaba al gobierno que contaba con 4159⁸ hombres, cuando pocos días después de Vilcapugio se daba cuenta de que contaba con tan solo 2000 hombres.⁹ Una cifra que incluso parece indicar que las tropas disponibles fueron superiores a las de la batalla anterior, que rondaban los 3500.¹⁰

La pregunta que se impone aquí es cómo fue esto posible. Aunque en los días posteriores muchos dispersos volvieron a las filas de manera voluntaria y que las partidas de celadores pueden haber capturado soldados desertores en las inmediaciones del

lugar del primer combate, lo cierto es que muchos de los que abandonaron el Ejército Auxiliar del Perú tras Vilcapugio nunca regresaron. En un pie de página de sus *Memorias*, el general José María Paz, recordaba el caso de una partida de Dragones que desertó del Ejército tras Vilcapugio rumbo a Tucumán llevándose consigo lo que encontraron dentro de su equipaje y el de su hermano Julián (Paz 2000:133). Si el testimonio de Paz nos puede resultar en algún punto exagerado, tenemos el testimonio de Feliciano de la Chiclana, gobernador de Salta, quien el 6 de noviembre de 1813 le informaba a Manuel Belgrano que en breve le iba a enviar de regreso al ejército los desertores que se habían capturado en su jurisdicción:

“...Las partidas que tengo destacadas en los puntos de que ya he hablado anteriormente a V.E., han hecho prisionero ochenta y cinco de los dispersos del Exto (...) He dispuesto su marcha al Perú en dos partidas (...) También preparó el auxilio de mulas, y ganado vacuno, para ponerlo en el punto que el mismo Gral me lo pida...”¹¹

Por otro lado, el general en jefe dio órdenes para que se reclutan hombres en esa misma gobernación para reforzar a su ejército, y le encargó esta tarea al comandante Manuel Dorrego, que

7 Sala VII, Archivo Juan Antonio Álvarez de Arenales, Caja 11, N° 3, B, Doc. 628. Folio 22

8 AGN, Sala X, Legajo 3-8-6a

9 Servicio Histórico del Ejército, Estados de Fuerza Expedición a las provincias interiores, Ejército Auxiliar del Perú. C 7.

10 AGN, Sala X, Legajo 3-8-6a

11 AGN, Sala X, Legajo 3-10-6.

permanecía en Jujuy luego de su separación del ejército por mala conducta decidida por el mismo Belgrano.¹² Pero poco tiempo después, el gobernador de Salta dejó sin efecto esta orden de Belgrano al recibir noticias del Perú:

“...cuando he recibido el correo del Perú, y veo por las noticias que allí se comunican, que a esta fecha se habría dado la segunda acción. Si no ha sido favorable, cuanto gasto se presenta en hacer nuevos reclutas, es inoficioso...”¹³

No hay dudas entonces, que las bajas dentro del ejército fueron numerosas, más de las que informaban los primeros partes y comunicaciones referidas a la cuestión, pero tampoco que la remontada del Ejército Auxiliar se construyó sobre los recursos locales más inmediatos, ya que desde las provincias abajeñas más cercanas ni siquiera se pudieron enviar los desertores y dispersos capturados a tiempo para entrar nuevamente en combate. Lo que en algún punto viene a cuestionar el análisis que hacía Díaz Vélez sobre las posibilidades de la revolución de sostenerse en el Alto Perú al llegar a Potosí tras la derrota en Vilcapugio. En una carta enviada a Manuel Belgrano fechada el 7 de octubre de 1813:

“...No hay como SOR. Exmo. conducir los útiles de Grra no hay como contar con los recursos de esta Villa si no se forma el Cuartel Gral en ella, ni cómo conservar el orden y los grandes intereses públicos que quedan y no exponernos a perderlo todo porque el Pueblo casi todo es nuestro Enemigo y los curas y prales vecinos de sus respectivos partidos...”¹⁴

En no pocas ocasiones, alguna historiografía se ha amparado en dicha esquila para criticar a Belgrano en torno a la decisión de volver a enfrentar a sus adversarios cuando quizás lo mejor hubiera sido demorar una segunda acción, como le sugiere Díaz Vélez en su misiva: “...nosotros en demorar la segunda acción les llevamos doble ventaja y cada día nos hacemos superior a él porque con vecinos para todo...” e intentar operar en las espaldas del enemigo y cortarle sus vínculos con el Perú.¹⁵ Aunque a la postre, el juicio de Díaz Vélez sobre lo que se arriesgaba y sobre lo que podía ocurrir si volvían a ser derrotados se demostrará bastante acertado, lo cierto es que Belgrano también llevaba algo de razón cuando sostenía que era posible buscar un nuevo enfrentamiento porque las provincias del Alto Perú parecen haberle respondido y enviado nuevos reclutas,

12 AGN, Sala X, Legajo 3-10-6

13 AGN, Sala X, Legajo 3-10-6

14 AGN, Sala VII, Colección Lamas, Legajo 36.

15 AGN, Sala VII, Colección Lamas, Legajo 36.

animales y algo de material bélico. Así recordaba lo ocurrido el por ese entonces teniente Pardo y Zela:

“...El Presidente de Charcas, Dn. Francisco Antonio Ortiz de Ocampo, se distinguió a la par del gobierno de Cochabamba, Dn. Juan Antonio Arenales, remitiendo el primero caballos y el segundo hombres con que se formó un nuevo escuadrón que se tituló de la Escolta, sin que por esto dejaran los demás jefes de provincia de hacer esfuerzos para cubrir las pérdidas que se le habían hecho, entre los cuales fue el de las piezas de artillería que habíamos dejado en Salta...”

Un testimonio en la misma línea podemos encontrar en las *Memorias de Paz* (Paz 2000:123-25). Igualmente, no todo resultó tan sencillo y no todos los espacios respondieron de la misma forma. En otra carta, Belgrano dejaba traslucir cierta incomodidad y decepción ante la falta de comunicaciones y de apoyos provenientes de la región de Santa Cruz de la Sierra: “... Todavía no he recibido una Carta, ni de la llegada, de Warnes, a Sta. Cruz: le he escrito bastante, y le mandé al capitán Pedraa p.a q.e le instruya de todo lo q. había visto, y anumase a aq.a gente apartica...”¹⁶ El 11 de noviem-

bre la situación de incomunicación no había variado y le pedía a Arenales que le avisara de lo que supiera: “... Todavía no he recibido una letra de Warnes después de saber aquel suceso; las q.e tuve fueron anteriores: no excuse V. de avisarme lo q.e ocurre p.r allá...”¹⁷

Si antes de la batalla de Vilcapugio, o de la de Salta, habíamos señalado que el Ejército Auxiliar se había preparado para entrar en combate con cierta regularidad y de forma metódica, la remontada de efectivos que vemos, acompañado de un grado de desertión importante tras Vilcapugio, nos lleva pensar que gran parte de esos efectivos eran nuevos, por lo tanto, inexpertos. Muchos de ellos llevaban tan solo algunas semanas como soldados de la revolución, algunos quizás menos aún, por lo que es difícil plantear que estamos ante un ejército disciplinado. Pero lo cierto es que esta situación también se presentaba dentro del Ejército del Rey, cuya remontada de tropas también se realizó con una importante cantidad de soldados bisoños y hasta con mayor dificultad por la resistencia que le hacía los locales según el testimonio del propio Pezuela (Sobrevilla Perea 2010:5). Por esta razón, no podemos atribuir

16 Sala VII, Archivo Juan Antonio Álvarez de Arenales, Caja 11, N° 3, B, Doc. 628. Folio 60

17 Sala VII, Archivo Juan Antonio Álvarez de Arenales, Caja 11, N° 3, B, Doc. 628. Folio 69

la nueva derrota del Ejército Auxiliar del Perú a esta cuestión.

La batalla fue encarnizada, las armas de la revolución lucharon denodadamente pero su esfuerzo fue en vano, una combinación de diversas situaciones resolvió el enfrentamiento a favor de las armas del Rey. Por un lado, si bien se peleó en el campo elegido por Manuel Belgrano, no se lo hizo en la posición que más convenía a los hombres del Ejército Auxiliar. Pezuela con otro movimiento arriesgado (facilitado por Belgrano que no intentó impedirlo), obligó a sus enemigos a invertir el frente y pasó a tener ventaja en el terreno. A su vez, la artillería del Ejército del Rey se mostró muy superior a la de las Provincias Unidas, que no había podido reemplazar las piezas perdidas tras Vilcapugio, y finalmente dentro de las filas del Ejército Auxiliar, por el fragor del combate se produjeron las bajas de varios de los comandantes y jefes de los regimientos de infantería más importantes que afectaron la conducción y el desempeño de esas tropas en combate.

4. La solidez de la reconstrucción del Ejército Auxiliar del Perú

Pero si el espacio de recluta y la incorporación muy reciente e incipiente de esos nuevos soldados a la estructura y la vida del ejército no alcanzan para

explicar la derrota, quizás sí puedan decir algo sobre la reducción que sufrió el Auxiliar del Perú, que tras Ayohuma perdió a la mitad de sus efectivos. En enero de 1814 y desde Jujuy, Belgrano informaba al gobierno que tenía 1940 hombres a su disposición. En correspondencia con José de San Martín, que a la postre sería su reemplazo en la comandancia del Auxiliar del Perú, Manuel Belgrano ahondaba en lo sucedido y refería a las deserciones masivas de los cochabambinos para explicar en parte lo reducido de sus fuerzas:

“...Aun ignoro el estado del Exto, ni de lo que hemos salvado, ni podré formarlo hasta que llegue Aráoz a quien espero en este punto, pues diariamente y por distintos caminos van llegando soldados, y sé que muchos que eran de la Provincia de Cochabamba se han ido a ella con las armas...”¹⁸

La forma colectiva que adoptó la deserción no debería llamarnos la atención. Lo habitual era que fuera de esa manera (Mayo y Latrubbesse 1998; Rabinovich 2011). Por otro lado, muchos desertaron cuando los ejércitos a los que estaban incorporados se alejaban de lo que consideraban su lugar de residencia o la región más cercana a ella (Morea 2015). Clement Thibaud, al hablar de las tropas

¹⁸ AGN, Sala X, Legajo 3-10-6

de Boves, señaló la importancia de lo que él denominó grupos primarios en la conformación de esas fuerzas. Estos conjuntos de individuos eran anteriores a la recluta, a la incorporación al ejército, y estaban sustentados en una pertenencia común a un pueblo o una región. Estos lazos de conocimiento interpersonal hacían que se conservase un sentimiento de fidelidad y confianza recíproca entre los que pertenecían al grupo que les podía permitir sobrellevar momentos de adversidad. Si este sentimiento de pertenencia se transmitía a la unidad militar, la existencia de grupos primarios podría fortalecer al ejército, pero en caso contrario, también podía actuar como efecto debilitante, ya que lo más importante era el grupo primario, y ante un contexto adverso, el grupo podía desertar de manera completa (Thibaud 2003:182-83). De esta cuestión fueron conscientes todos los comandantes del Auxiliar del Perú durante sus casi diez años de existencia. Pero esto no quiere decir que hayan adoptado la misma decisión o la misma línea de conducta para lidiar con esta problemática. Mientras algunos se apoyaron en estos grupos para cohesionar al ejército, otros buscaron disolverlos para evitar los riesgos que conllevaba una identificación y lealtad que no necesariamente era al Ejército Auxiliar sino al grupo primario (Morea 2015:184-86). Un breve comentario de Belgrano en los días

previos a Ayohuma ilustra esta situación de un ejército con diferentes grados de cohesión:

“...Se me han desertado de los de Sacaba, de los Vallegrandinos, y de los de Arce, p.o no importa, tengo gente de sobra, y aseguro a V. q.e estoí contetísimo con los del Exto, q.e me acompañan, son de los viejos...”¹⁹

No solo es bien clara la existencia de estos grupos primarios y lo dificultoso que resultó su integración, sino que nos muestra también cómo el Ejército Auxiliar fue un espacio de sociabilidad en donde se podían construir otro tipo de solidaridades cruzadas, entre individuos provenientes de diferentes espacios, donde la fortaleza de esos grupos primarios aparece más diluida y por lo tanto, es posible un grado mayor identificación con la fuerza militar que se integra, incluso para no desertar de ella ni siquiera en los momentos más adversos (Morea 2020:42). Por supuesto que para que esto ocurra, no alcanza con haber estado incorporado al ejército un puñado de semanas, era necesario que los hombres permanecieran largas temporadas como soldados. Pero este no estaría siendo el mejor contexto para que esto fuera posible. Si bien la demora de Pezuela en movilizar a sus

¹⁹ Sala VII, Archivo Juan Antonio Álvarez de Arenales, Caja 11, N° 3, B, Doc. 628. Folio 54

hombres en persecución del enemigo podía ser tomado como un indicio de las dificultades en las que se encontraba la fuerza que mandaba a pesar de haber triunfado en Vilcapugio, ninguno de los comandantes adversarios, y menos aún el general Belgrano, descartaron que un nuevo enfrentamiento fuera a tener lugar en breve (Sobrevilla Perea 2010). Al revisar la documentación referida a lo ocurrido diariamente con este ejército entre un enfrentamiento y el otro, es posible ver este doble fenómeno, por un lado, la continua llegada de nuevos reclutas y por el otro las desertiones, casi inmediatas de muchos de esos recién llegados.

En el caso de los desertores posteriores a la batalla de Ayohuma, de los que Belgrano le informaba a San Martín, el comportamiento de estos hombres puede ser explicado por la serie de cuestiones que mencionamos previamente. Por un lado, el alejamiento del Ejército Auxiliar del Alto Perú y la situación compleja y de vulnerabilidad en la que se encontró esta fuerza militar al tener que abandonar víveres, pertrechos militares, y dinero ante la falta de caballadas y mulas para el transporte de todo lo acumulado en las semanas previas. Estas cuestiones solo aventuraban unas semanas por delante muy duras para los integrantes del Ejército Auxiliar. Por otro, la existencia de una importante cantidad de

grupos primarios muy poco integrados a esa fuerza militar que, llegado el momento del retroceso hacia Jujuy, decidieron no quedar atados al destino de un ejército derrotado del que además no parecían sentirse parte.

Estas desertiones, a su vez, nos hablan de lo que cambió la situación política y social, y el humor entre los habitantes locales de una batalla a la otra. El impacto de lo ocurrido en las pampas de Ayohuma en los equilibrios políticos. A diferencia de lo sucedido tras Vilcapugio, esta vez no quedaban dudas sobre la victoria de los adversarios. José Luis Roca en su ya clásico libro señala que, en las primeras comunicaciones, tanto Belgrano como algunas de las autoridades por él nombradas, como Ortiz de Ocampo, intentaron engañar a sus superiores, pero también a la población local, sobre el resultado real de la batalla y el estado del ejército auxiliar y de sus adversarios (Roca 2011:252). Más allá de si la descripción de Belgrano sobre la batalla y el estado del ejército enemigo era un artificio deliberado o una creencia genuina, el Ejército Auxiliar se repuso y pudo entrar nuevamente en combate y el Ejército del Rey, si bien se encontraba triunfante, también había visto mermadas sus fuerzas y no era claro cuál podía ser el resultado si se ambas fuerzas volvían a encontrarse. Pero después de Ayohuma, y si damos

por válida la tesis de Roca, no parece posible que Belgrano hubiera podido disimular o morigerar lo ocurrido en el campo de batalla ese día.

Discusión al margen sobre las intencionalidades de los protagonistas, lo que queda claro es que, a diferencia del primer traspíe, los funcionarios no van a lograr mantenerse en sus puestos y la mayoría deja sus cargos y se repliega junto con el Ejército Auxiliar. Las excepciones son Ignacio Warnes y Juan Antonio Álvarez de Arenales, quienes son forzados a renunciar a las gobernaciones que ejercían por la sucesión de derrotas del Ejército Auxiliar, pero resisten la presencia española y lideran sendas guerrillas en el Alto Perú a la espera del regreso de las tropas de Buenos Aires en los espacios que supieron estar a su cargo (Soux 2016). En un tono que dejaba traslucir su enojo con la nueva situación, Manuel Belgrano decía lo siguiente sobre Potosí:

“...De Potosí jamás hablaré sin decir que debe ser reducido a cenizas, la conducta que ha tenido aquel pueblo, compuesto de la hez de todos los demás de estas Provincias ha sido la más indigna baxo todo aspecto; baste decir que después de haberles hecho mil obsequios el día de mi salida, después que me hallé fuera insultaron al Mayor Gral, y luego mataron a soldados enfermos e indefensos, habiéndome

antes seducido a una Proción de ellos y aun a muchos oficiales...”²⁰

Más allá de la queja amarga contra Potosí, que ya había dados muestras en la expedición previa de una conducta muy agresiva hacia las tropas del Ejército Auxiliar una vez producida la derrota en Huaqui (Rabinovich 2017), el diagnóstico de Belgrano mostraba que la situación era muy compleja: “...Chuquisaca siempre fue la más patriota, pero en esta ocasión, luego que salió el Coronel Arauz con la tropa han saqueado los cholos con vivas al Rey...”²¹ En sus reflexiones posteriores a Ayohuma dirigidas a San Martín, Belgrano también dejaba traslucir que parte del enojo de los pobladores de La Plata se debía a la actuación de Ortiz de Ocampo: “...varias personas que han emigrado de allí junto con el me comunicaron su cobardía y que su precipitación en huir a causado gravísimos perjuicios. También me aseguran de varias sustracciones que él y su secretario han hecho...”²²

A pesar del clima derrotista que invadió a las fuerzas de la revolución tras Ayohuma y a su propio general, Manuel Belgrano buscó seguir incitando la lucha contra las fuerzas del Virrey del Perú. En un período muy

20 AGN, Sala X; Legajo 3-10-6

21 AGN, Sala X, Legajo, 3-10-6

22 AGN, Sala X, legajo 3-10-6

corto de tiempo firmó sendas Proclamas destinadas a los habitantes del Alto Perú, alentándolos a no cesar en el esfuerzo, a mantener la constancia y reforzar el patriotismo. El problema principal de las mismas es que se emitían en un contexto donde el Ejército Auxiliar estaba en retirada y no parecía poder ofrecer apoyo militar concreto en el corto plazo para que las fuerzas de Manuel Asencio Padilla, Juana Azurduy, Lázaro Cárdenas, Ignacio Warnes o del mismo Juan Antonio Álvarez de Arenales y demás fuerzas guerrilleras pudieran sobrevivir y/o resistir hasta el regreso del auxiliar (Demélas 2007; Mamani Siñani 2010). La primera de ellas tuvo por fecha el 9 de diciembre de 1813 y fue emitida desde Humahuaca,²³ y la segunda fue lanzada el 25 de febrero de 1814 ya desde San Miguel de Tucumán incluso con Manuel Belgrano de salida de la comandancia de esta fuerza militar.²⁴

Más allá de los deseos de Belgrano, o del eco real que pudieran tener estos escritos, el espacio altoperuano no se alineó automáticamente con el virrey de Lima una vez derrotado el Ejército

Auxiliar. Como señalamos recientemente, la guerra de guerrillas fue muy extendida en este espacio y muy intensa. Y si bien muchas de estas fuerzas se referenciaban en la revolución iniciada en Buenos Aires o en algunos de sus líderes, como Martín Miguel de Güemes, los vaivenes de la guerra llevaron a que se gestaron proyectos políticos propios (Mata y Figueroa 2005). Mientras Roca ha señalado el año 1816 como punto de quiebre y el inicio del proceso que va a llevar a la conformación de un proyecto político autónomo, independiente de Lima y de Buenos Aires, y que va a dar lugar al nacimiento de Bolivia en el espacio que básicamente ocupaba la Audiencia de Charcas, y en el que confluyeron facciones que fueron adversarias entre sí desde 1808 en adelante, María Luisa Soux enfatizó la agenda propia que tuvieron las poblaciones indígenas del espacio durante las guerras de independencia que los llevaron a negociar, tensionar, pedir y reclamar a los contendientes que buscaban hacer con el control del espacio, en función de alcanzar sus propios objetivos políticos y sociales (Roca 2011:238; Soux 2009). Luego de un tercer intento fracasado por controlar el Alto Perú, y a raíz del cambio de estrategia militar decidido por Juan Martín de Pueyrredon en su calidad de Director, el Ejército Auxiliar abandonó definitivamente el espacio, y a partir de 1816 su

23 Sala VII, Archivo Juan Antonio Álvarez de Arenales, Caja 11, N° 3, B, Doc. 628. Folio 72-74

24 Sala VII, Archivo Juan Antonio Álvarez de Arenales, Caja 11, N° 3, B, Doc. 628. Folio 77-79

área de influencia estuvo circunscripta al interior de las Provincias Unidas y su principal tarea fue hacer frente a la disidencia interna. Esto no significó, como vimos, el fin de la revolución en el espacio altoperuano, solo que el Ejército Auxiliar del Perú ya no sería un protagonista de esta historia.

5. A modo de cierre:

De las distintas campañas al Alto Perú emprendidas por el Ejército Auxiliar, quizás la que más cerca estuvo de conseguir los objetivos políticos y militares propuestos por el gobierno revolucionario de las Provincias Unidas del Río de la Plata instalado en Buenos Aires, fue la comandada por el general Manuel Belgrano en 1813. No solo por los éxitos militares previos, en el interior mismo de las Provincias Unidas, sino porque una vez superada la fase defensiva (éxodo jujeño, combate de Las Piedras y batalla de Tucumán) de la campaña, el Auxiliar del Perú comenzó una lenta preparación que tuvo como objetivo retomar el control del espacio que alguna vez había formado parte del Virreinato del Río de la Plata y que desde 1810 había quedado bajo jurisdicción del Virreinato del Perú.

Aunque el resultado fue el mismo que en las expediciones lideradas por Juan José Castelli y Antonio González Balcarce (1810-1811) y por José Rondeau

(1814-1816), la forma en que se dieron los mismos difiere bastante. Esto es fácilmente reconocible si comenzamos por señalar que, a diferencia de otras campañas, esta tuvo dos grandes batallas entre las fuerzas de la revolución y del Rey. La derrota en Vilcapugio no significó el descalabro total del Ejército Auxiliar del Perú y por lo tanto el abandono de ese espacio y el fin de la expedición. Todo lo contrario. Por esa razón, lo ocurrido entre Vilcapugio y Ayohuma estuvo en el centro de nuestras indagaciones a lo largo de este artículo.

Más allá del repaso general sobre lo que ocurría con este Ejército y con la revolución en el Río de la Plata en los momentos anteriores al inicio de la campaña, y de una descripción muy abreviada de ambas batallas, a lo largo de este trabajo hemos tratado de entender cómo fue posible que el Ejército Auxiliar del Perú, y las autoridades nombradas por Belgrano, lograsen sostenerse en el Alto Perú a pesar de este primer contraste y cómo fue posible la reconstrucción de esa fuerza desde lo material, pero principalmente desde lo numérico, para hacer frente a un nuevo enfrentamiento.

Con los estados de fuerza firmados por el general en jefe días después de Vilcapugio y en los momentos previos a Ayohuma fue sencillo constatar la recuperación de efectivos de esta

fuerza. Por lo tanto, la cuestión estaba en tratar de identificar el origen de estos soldados. Aunque no podemos descartar la importancia que tuvo con el correr de los días la incorporación de dispersos y desertores tras la batalla de Vilcapugio, quedó en claro que la mayor parte de los que abandonaron el Ejército Auxiliar no regresaron a sus filas y que tampoco hubo tiempo, ni fue materialmente posible, reemplazarlos mediante una recluta compulsiva en las provincias de Salta y Jujuy, por lo que el grueso de los nuevos soldados tuvo origen altoperuano.

A partir de la correspondencia de Belgrano, lo que quedó en evidencia es que la mayoría de los recién llegados tenían un origen preferentemente cochabambino, para lo cual resultó clave la actuación del gobernador, Juan Antonio Álvarez de Arenales, pero también del coronel Cornelio Zelaya. En la provisión de mulas, caballos, lanzas, dinero, cañones, fusiles, alimentos, telas, paños, uniformes, todas las jurisdicciones parecen haber colaborado de manera indistinta en el esfuerzo de guerra. La excepción fue Santa Cruz, donde su gobernador, Ignacio Warnes, no logró, no quiso, no supo o pudo comunicarse con su superior ni asistir al Ejército Auxiliar del Perú antes de Ayohuma.

La constatación de la recuperación, en algún punto increíble por los números,

de combatientes, abrió otra pregunta: ¿Cuál era el grado de integración de esos nuevos soldados? El escaso tiempo transcurrido entre una batalla y la otra, los lentos ritmos de incorporación de esos nuevos reclutas descartan de plano que podamos hablar de un ejército disciplinado. Pero no nos interesaba introducir esta cuestión para tratar de explicar lo ocurrido en Ayohuma en función de la falta de preparación de esos nuevos soldados. Algo similar ocurría con el Ejército de Pezuela. Las causas de la derrota, como vimos, fueron otras. Lo que intentamos señalar fue que las bases sobre las que se reconstruyó ese ejército no fueron del todo sólidas.

Así como su número de integrantes creció rápidamente hasta alcanzar uno de sus máximos en todas las guerras de independencia, después de Ayohuma, su número se redujo a poco menos de la mitad. Y si bien los desertores no fueron exclusivamente altoperuanos, el general en jefe y demás comandantes acuerdan en señalar su preponderancia. Esto se explica por la falta de integración de esos hombres al Ejército Auxiliar, por la existencia de grupos primarios muy importantes en su interior que, ante un escenario adverso, sintiéndose ajenos al mismo, ya que fueron integrados por la fuerza en la mayoría de los casos, y que encima comienza a alejarse del Alto

Perú para internarse en Jujuy, toman la decisión de no atar su destino al del Auxiliar del Perú.

Estas deserciones se producen, además, en un contexto en donde las autoridades nombradas por las Provincias Unidas no logran mantenerse en sus puestos y se ven forzadas a seguir los pasos del Ejército Auxiliar. Las derrotas suelen venir acompañadas de cambio de lealtades, donde los partidarios de aquellos que han salido victoriosos del campo de batalla, logran hacerse con el poder local a partir del cambio de opiniones, estados de ánimo y humores que producen estos sucesos. Pero en este caso en particular, lo que parece ocurrir después de Ayohuma, y que no pasó después de Vilcapugio, es que los partidarios locales de la revolución no creen o no confían en que el Ejército Auxiliar del Perú se pueda sostener e incluso comienzan a manifestar su disconformidad con cómo se manejan dichas autoridades. Por supuesto que esto no significó el fin del proceso revolucionario en el espacio Alto Peruano. La intensa actividad de las partidas guerrilleras así lo atestiguan. Ni que tampoco el único proyecto posible fuera el encarnado por las Provincias Unidas con Buenos Aires como centro. El desarrollo mismo de la guerra y de la revolución dio pie para que en este espacio también se fueran configurando proyectos

autónomos independientes de la presencia del Ejército Auxiliar del Perú en la región.

Bibliografía

- Alvarado Luna, Patricio. 2020. *Virreyes en armas. Abascal, Pezuela y La Serna, la lucha contrarrevolucionaria desde el virreinato del Perú, 1808-1826*. Lima: Instituto Riva-Agüero.
- Archer, Christon. 2005. «La militarización de la política mexicana: El papel del ejército. 1815-1821». en *Soldados del Rey. El Ejército borbónico en América colonial en vísperas de la Independencia*, editado por J. Mar y A. Kuethe. España: Universitat Jaume I.
- Conti, Viviana. 2011. «Cuando la guerra llega a casa. Secuelas de la independencia en Jujuy». Presentado en 5tas. Jornadas Uruguayas de Historia Económica, Montevideo.
- Conti, Viviana. 2012. *Éxodo jujeño. 200 Años*. San Salvador de Jujuy: Ediciones Culturales de Jujuy.
- Demélas, Danielle. 2007. *Nacimiento de la guerra de guerrilla. El diario de José Santos Vargas (1814-1825)*. Bolivia: Institut français d'études andines- Plural editores.
- Goldman, Noemí, y Marcela Tervasio. 2010. «La vida política». Pp. 51-99 en *Argentina. Tomo I 1808-1830. Crisis imperial e*

- independencia*, editado por J. Gelman. Perú: Fundación Mapfre/Taurus.
- Halperin Donghi, Tulio. 1972. *Revolución y Guerra. Formación de una élite dirigente en la Argentina criolla*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores.
- MacFarlane, Anthony. 2006. «Guerra e Independencias en las Américas». P. 437 en *Las Revoluciones en el Mundo Atlántico*, editado por C. Thibaud y M. T. Calderón. Bogotá: Taurus.
- MacFarlane, Anthony. 2008. «Los Ejércitos Coloniales y la crisis del Imperio Español, 1808- 1810». *Historia Mexicana* 58(1).
- Mamani Siñani, Roger Leonardo. 2010. «La división de Los Valles». *Estructura militar, social y étnica de la guerrilla de La Paz y Cochabamba, 1814-1817*. Bolivia: Instituto de Estudios Bolivianos.
- Mata, Sara, y Eulolia Figueroa. 2005. «Guerra de Independencia y conflicto social en Salta. Territorialidad y fronteras políticas en la construcción de los estados nacionales, 1810-1840.» *Cuadernos de Historia, Serie Economía y Sociedad* 7.
- Mayo, Carlos, y Amalia Latrubbesse. 1998. *Sociedad Rural y militarización de la Frontera de Buenos Aires*. Mar del Plata: Colegio Illia.
- Morea, Alejandro. 2012. «El Ejército Auxiliar del Perú y la gobernabilidad del interior, 1816-1820». *ProHistoria* 18:26-49.
- Morea, Alejandro. 2015. «Las deserciones en el Ejército Auxiliar del Perú durante las Guerra de Independencia en el Río de la Plata. Una aproximación cualitativa». *Americanía. Revista de Estudios Latinoamericanos. Nueva Época (Sevilla)* Número especial:159-97.
- Morea, Alejandro. 2020. *El Ejército de la Revolución. Una historia del Ejército Auxiliar del Perú durante las guerras de independencia*. Rosario: Prohistoria Ediciones.
- Ossa Santa Cruz, Juan Luis. 2010. «La criollización de un ejército periférico, Chile, 1768-1810». *Historia (Santiago)* 43(2):413-48.
- Pardo de Zela, Juan. 1964. «Memoria del General Don Juan Pardo de Zela, español al servicio de Buenos Aires y del Perú». *Boletín de la Academia Nacional de la Historia*, 387-426.
- Paz, Gustavo. 2013. «Guerra y patria en el norte rioplatense: Jujuy en 1812». *Humanidades: Revista de la universidad de Montevideo* XIII:71-96.
- Paz, José María. 2000. «Memorias Póstumas».
- Polastrelli, Irina. 2019. «Derrotas militares, ¿acusaciones políticas? Los juicios contra los jefes de las campañas al Paraguay y al Alto Perú, 1811-1813 // Military defeats,

- political accusations? Trials against the leaders of the campaigns to Paraguay and Alto Perú, 1811-1813». *Quinto Sol* 23(2). doi: 10.19137/qs.v23i2.2559.
- Rabinovich, Alejandro. 2011. «El fenómeno de la desertión en las guerras de la revolución e independencia del Río de la Plata. Elementos cuantitativos y cualitativos para un análisis. 1810-1829». *Estudios interdisciplinarios de América latina y el Caribe* 22:33-56.
- Rabinovich, Alejandro M. 2017. *Anatomía del pánico. La batalla de Huaqui, o la derrota de la revolución (1811)*. Buenos Aires: Sudamericana.
- Roca, José Luis. 2011. *Ni con Lima ni con Buenos Aires. La formación de un Estado Nacional en Charcas*. La Paz: Institut français d'études andines- Plural editores.
- Sobrevilla Perea, Natalia. 2010. «Hermanos Compañeros y Amigos de sus mismos contrarios»: las guerras de independencia en el Sur Andino 1805-1825». *Historia Política. Dossiers* 23.
- Soux, María Luisa. 2009. «Insurgencia y alianza: estrategias de la participación indígena en el proceso de independencia en Charcas. 1809-1812». *Studia historia. Historia contemporánea* (27):53-73.
- Soux, María Luisa. 2016. «Más allá de la historia patria: las fronteras construidas y el proceso de independencia en Charcas». *Travesía (San Miguel de Tucumán)* 18(2):35-51.
- Ternavasio, Marcela. 2007. *Gobernar la Revolución. Poderes en disputa en el Río de la Plata, 1810-1816*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores.
- Thibaud, Clément. 2003. *República en Armas, Los Ejércitos Bolivarianos en la guerra de Independencia en Colombia y Perú*. Perú: Instituto Francés de Estudios Peruanos-Planeta.
- Wasserman, Fabio. 2011. *Juan José Castelli. De súbdito de la corona a líder revolucionario*. Buenos Aires: Edhasa.